PROJECT MUSE®

In the Front Bar

Pearse Hutchinson

Sirena: poesia, arte y critica, 2010:1, p. 32 (Article)

Published by Johns Hopkins University Press

DOI: <https://doi.org/10.1353/sir.0.0231>

➔ *For additional information about this article*

<https://muse.jhu.edu/article/378138>

In the Front Bar

Two brothers, both in their seventies,
 sitting on low stools at the high counter
 in the sunlight-flooded front bar,
 all the high ones commandeered
 by the sporty, noisy, big back-room,
 me and a friend at one of the three tables,
 facing the bountiful sky-blue window
 under which two middle-aged women converse.

All six of us are drinking black pints,
 a slightly awkward manoeuvre for
 the old brothers on such low stools
 to reach up for, maybe
 that's why they're drinking
 slower than the rest of us, or
 it could be they're so deep
 in serious talk, their heads almost touching.

One's a regular, the other seldom.
 We get the impression
 they don't meet often.
 The back-bar hullabaloo dies down
 for a minute or two so we can hear
 the seldom brother say to the other:
 'We should all live to be eighty.'
 Deftly they clink pints.

I'm in my late sixties, my
 companion is twenty years younger.
 We smile, and follow suit.
 The women seem not to have heard.

En el bar

Dos hermanos, de unos setenta años cada uno,
 sentados en bancos bajos frente al alto mostrador
 en la parte delantera del bar, bañada de sol,
 todos los bancos altos están tomados por los que ocupan
 el ruidoso, joven, salón trasero del bar,
 yo y un amigo estamos en una de las tres mesas,
 frente a la ventana que da hacia el abundante cielo azul
 bajo la cual dos mujeres de mediana edad conversan.

Nosotros seis bebemos cerveza negra,
 llegar hasta sus vasos
 es una maniobra un tanto incómoda para
 los dos viejos hermanos sentados en bancos tan bajos,
 quizá por eso están bebiendo
 más con más lentitud que nosotros, o
 quizá estén embarcados en intensa conversación,
 sus cabezas casi rozándose la una a la otra.

Uno de ellos es cliente asiduo, el otro viene de rara vez.
 Nos da la impresión de que
 no se ven a menudo.
 El bochinche del salón trasero decae
 por uno o dos minutos, dejándonos oír
 lo que el que viene rara vez le dice a su hermano:
 'Habremos de vivir hasta los ochenta'.
 Hábilmente hacen tintinear su vasos.

Yo estoy en mis sesenta bien entrados, mi
 compañero tiene veinte años menos.
 Nos sonreímos, y hacemos lo mismo.
 Las mujeres parecen no haber oído.